

JULIO 2026 • EDICIÓN N° 26

El Semillista

..... cosemillas

Asociación Colombiana de Semillas y Biotecnología



Red
Latinoamericana
del Maíz



cosemillas
Asociación Colombiana de Semillas y Biotecnología

XXVI REUNIÓN
LATINOAMERICANA
DEL MAÍZ

Y
IX CONGRESO NACIONAL DE
SEMILLAS

RESPETAMOS EL ORIGEN, SEMBRAMOS INNOVACIÓN



NOVIEMBRE
5 Y 6, 2026



HOTEL
ESTELAR



IBAGUÉ, TOLIMA,
COLOMBIA

Contenidos

4 **Editorial:** Desafíos del sector agropecuario para Colombia 2026-2030
Por Leonardo Ariza Ramírez

10 **Área Jurídica:** Un gobierno para todos
Por Luz Amparo Tobón Torreglosa

12 **Área Técnica:** Congreso Nacional de Semillas: Respetamos el origen, sembramos innovación
Por Sandra Milena Hernández Barajas

18 **Análisis:** Semillas que dialogan: cuando la tradición y la innovación se siembran juntas
Por Juan Guillermo Ramírez Jaramillo

22 **Invitado especial:** La semilla que guarda el futuro de Colombia
Por Bayer CropScience

Desafíos del sector agropecuario para Colombia 2026-2030

Por **Leonardo Ariza Ramírez**

Gerente general de Acosemillas

- El Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural enfrentará una tarea decisiva, la cual es armonizar la seguridad alimentaria, la vocación exportadora y el cierre de brechas entre pequeños, medianos y grandes productores, en un escenario marcado por la crisis climática y las exigencias ambientales globales.

Llega a Colombia el gobierno 2026-2030 con una paradoja en el corazón de su desarrollo rural, el país tiene las condiciones para ser una potencia agroalimentaria, pero continúa conviviendo con altos niveles de pobreza en el campo, baja productividad y profundas desigualdades entre productores.

En este contexto, el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural enfrentará una tarea decisiva, la cual es armonizar la seguridad alimentaria, la vocación exportadora y el cierre de brechas entre pequeños, medianos y grandes productores, en un escenario marcado por la crisis climática y las exigencias ambientales globales.

Es un diagnóstico de contrastes, pues Colombia dispone de más de 42 millones de hectáreas aptas

para actividades agropecuarias, mientras que el país cuenta con un potencial cercano a los 15 millones de hectáreas aptas para la agricultura, efectivamente solo se siembran alrededor de 6 millones de hectáreas, reflejando una clara subutilización de la tierra productiva, el área con vocación exclusivamente ganadera se estima en unos 8 millones de hectáreas. Sin embargo, la actividad ganadera real y las áreas de pastoreo se extienden sobre más de 38 millones de hectáreas, lo que genera un severo conflicto de sobreutilización y degradación del suelo. (UPRA, 2022).

A un lado del espectro, grandes empresas agroindustriales han logrado altos niveles de tecnificación y competitividad en cultivos como palma, café y banano, orientados



Se estima que alrededor del 70% de los alimentos consumidos en el país provienen de la agricultura familiar campesina, pero este segmento recibe apenas el 15% de los recursos públicos destinados al sector

en buena medida a los mercados internacionales. Al otro lado, unos 2,8 millones de pequeños campesinos trabajan predios de menos de 5 hectáreas, con escaso acceso a crédito, infraestructura y tecnología (DANE, 2023).

La paradoja es aún más evidente al observar quién produce los alimentos que llegan a la mesa de los colombianos. Se estima que alrededor del 70% de los alimentos consumidos en el país provienen de la agricultura familiar campesina, pero este segmento recibe apenas el 15% de los recursos públicos destinados al sector (FAO, 2021).

En este contexto, el nuevo ministro deberá actuar sobre tres frentes estratégicos: la seguridad alimentaria en un entorno climático cada vez más incierto; la competitividad exportadora con criterios de sostenibilidad; y el desarrollo rural integral entendido como cierre de brechas estructurales en lo concerniente a bienes y servicios públicos.

El primer gran desafío consiste en garantizar una oferta estable y suficiente de alimentos básicos para una población cercana a los 52 millones de habitantes, en medio del aumento de la frecuencia e intensidad de fenómenos como El Niño y La Niña. Solo en los últimos cuatro años, estos eventos climáticos extremos han provocado pérdidas superiores a los 3 billones de pesos en el sector agropecuario (IDEAM, 2024).

La vulnerabilidad frente al clima no es un problema abstracto, ya que afecta directamente la disponibilidad de arroz, maíz, frijol, yuca, hortalizas y otros productos clave de la canasta básica. Según el Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC, 2023), Colombia podría perder hasta un 30% de su capacidad productiva agrícola hacia 2050 si no se adoptan medidas de adaptación urgentes.

En este escenario, el gobierno tendrá que impulsar un giro decidido hacia la gestión integral del riesgo climático. Esto implica fortalecer y ampliar los sistemas de riego tecnificado en las



zonas con mayor exposición a sequías o variabilidad de lluvias; consolidar bancos de semillas nativas y mejoradas, adaptadas a condiciones extremas; y masificar esquemas de seguros agropecuarios subsidiados que protejan, a los productores de pérdidas catastróficas.

La seguridad alimentaria también pasa por diversificar las fuentes de producción, generar circuitos de comercialización y acercar al productor con el consumidor en prácticas alimentarias más sostenibles.

El segundo desafío se relaciona con la inserción de Colombia en los mercados internacionales. Con tratados de libre comercio vigentes con más de 50 países, el potencial para expandir exportaciones agropecuarias es significativo. Sin embargo, las barreras estructurales

persisten: deficiente infraestructura vial y logística, altos costos de producción, baja adopción tecnológica y dificultades para cumplir estándares sanitarios y ambientales cada vez más exigentes (DNP, 2025).

Frente a ello, el ejecutivo en varias de sus carteras deberá asumir un rol articulador entre productores, gremios, entidades territoriales y sector privado. Una apuesta clave será el desarrollo de clústeres regionales especializados, aprovechando las ventajas comparativas de cada territorio: aguacate Hass en Antioquia y Eje Cafetero, cacao fino de aroma en Santander y Arauca, frutas exóticas en el Pacífico y la Orinoquia, entre otros. Estos clústeres pueden mejorar la eficiencia productiva, facilitar la transferencia tecnológica y reducir costos a través de economías de escala.

Al mismo tiempo, el acceso a mercados de alto valor dependerá de la capacidad del país para cumplir con certificaciones orgánicas, de comercio justo y de sostenibilidad ambiental. La institucionalidad agropecuaria tendrá que simplificar y abaratar los procesos de certificación, acompañando a los agricultores, en particular a los de pequeña y mediana escala, en el tránsito hacia prácticas más sostenibles.

La infraestructura sigue siendo un cuello de botella crítico y aquí el mejoramiento de vías terciarias mediante alianzas público-privadas y esquemas de obras por impuestos puede reducir de manera sensible los costos de transporte. De acuerdo con el Banco Mundial (2024), Colombia podría triplicar sus exportaciones agrícolas no tradicionales si lograra disminuir los costos logísticos en un 25 %. La creación de zonas francas agropecuarias en puertos

estratégicos, con servicios integrados de almacenamiento, procesamiento y certificación, sería un paso adicional para hacer más competitivo al sector.

El tercer gran desafío se ubica en el corazón de la deuda histórica del país con el campo y lograr vencer a la inequidad. La desigualdad rural no se reduce solo a la distribución de la tierra o a los ingresos; incluye el acceso a educación, salud, tecnología, infraestructura y participación política.

Hay que organizar debidamente el funcionamiento del SNIA (Sistema Nacional de Innovación Agropecuaria), para que cumpla su función en cada uno de sus subsistemas: de investigación y desarrollo tecnológico, de formación y capacitación para la innovación y de la Extensión Agropecuaria. Esto a través del fortalecimiento de instituciones como Agrosavia y los Centros de investigación gremiales, el SENA con sus centros de formación urbanos y rurales y la conformación de las EPSEA





(Entidades Prestadoras del Servicio de Extensión Agropecuaria) ya que apenas uno de cada diez (10%) de los productores recibe asistencia técnica regular; la mayoría vende su producción a intermediarios que capturan entre el 40 % y el 60 % del precio final, y la conectividad digital en muchas veredas sigue siendo deficiente, lo que limita el acceso a información de mercados y a innovación (Oxfam, 2023).

Cerrar estas brechas exige políticas diferenciadas y sostenidas en el tiempo. Una de las tareas prioritarias del Ministerio de agricultura y Desarrollo Rural será universalizar la asistencia técnica rural, no como un servicio eventual, sino como un derecho. Para ello, se requiere estructurar redes de extensionismo

rural público y comunitario, articuladas con universidades, gremios, centros de investigación y organizaciones rurales.

Así mismo, la transformación digital del campo puede ser una herramienta poderosa de inclusión. El desarrollo de plataformas de comercialización directa entre productores y consumidores, fortalecidas por sistemas de información de precios en tiempo real, puede reducir la dependencia de los intermediarios y mejorar los ingresos de los agricultores. Sin embargo, estas soluciones tecnológicas deberán estar acompañadas de inversiones en conectividad y alfabetización digital rural.

El acceso al crédito y a la maquinaria también será decisivo. Es

necesario avanzar en esquemas de financiamiento adecuados a la realidad rural de los productores, con tasas preferenciales, períodos de gracia y menores requisitos de garantía. La promoción de cooperativas y asociaciones para la compra y uso compartido de maquinaria e insumos puede reducir costos y aumentar la capacidad de negociación frente a proveedores y compradores, así como la conformación y fortalecimiento de alianzas regionales de los pequeños agricultores asociados con las agroindustrias que garanticen el acceso a los mercados.

De cara al periodo 2026-2030, el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural no podrá limitarse a gestionar programas sectoriales aislados. Su papel será conducir una verdadera transición rural que integre lo productivo, lo social y lo ambiental. Ello implica, por un lado, fortalecer la agricultura familiar y campesina como

pilar de la seguridad alimentaria y de la cohesión territorial; por otro, potenciar los segmentos agroempresariales con vocación exportadora bajo parámetros claros de sostenibilidad económica, social y ambiental; y de manera transversal, avanzar en la reducción de las brechas históricas que han condenado al campo a la marginalidad.

El éxito de esta agenda dependerá de la capacidad de articular políticas de Estado más allá de los ciclos de gobierno, de coordinar con otros ministerios claves, como Ambiente, Transporte, Comercio y Educación y de construir con las comunidades rurales, no para ellas. El desafío es enorme, pero también lo es la oportunidad de convertir al campo colombiano en motor de desarrollo, garante de seguridad alimentaria y referente de sostenibilidad en América Latina.



Un gobierno para todos

Por Luz Amparo Tobón Torreglosa

Directora jurídica de Acosemillas

Desde el primer año y hasta los últimos días del gobierno del presidente Gustavo Petro Urrego, llamamos la atención sobre el deber constitucional (art. 188 C.P.) que le asistía de gobernar para todos. Ello porque el grueso de las políticas públicas que se fueron implementando a lo largo de su mandato para desarrollar el Plan Nacional de Desarrollo 2022-2026 “Colombia Potencia Mundial de la Vida” (Ley 2294 de 2023) buscaban favorecer de forma palpable a sectores específicos de la población, en evidente quebranto de los derechos de los demás.

Programas que benefician exclusivamente a la agricultura ecológica o Agricultura Campesina, Familiar, Étnica y Comunitaria (ACFEC), vulneran el derecho de elección de los demás habitantes del territorio nacional que eligieron otras formas de agricultura para producir alimentos y que, por estar estas formas protegidas en la Constitución (art. 65 C.P.) y en la Ley 101 de 1993, están llamadas a ser garantizadas de forma especial por quien ejerce autoridad.

No es que un gobierno no pueda enfocar prioridades dentro de su proyecto político a efectos de dejar un legado propio, o que deba negarse a realizar

acciones afirmativas en beneficio de sectores vulnerables o históricamente rezagados como las comunidades NARP (Negros, Afrocolombianos, Raizales y Palenqueros), indígenas y rom, por el contrario, era una solicitud de conformar un gobierno de unidad, reconociendo las necesidades y especialidades de la población, sin generar una pugna entre los administrados.

Dicho lo anterior, esperamos que el gobierno que empieza el 7 de agosto de 2026 con el abogado Abelardo Gabriel de la Espriella Otero garantice los derechos y libertades de todos los colombianos. No sólo porque así lo ha planteado su programa de gobierno, base sobre la cual fue elegido de forma democrática, sino porque, por su profesión, ha jurado guardar fidelidad al ordenamiento jurídico, compromiso que implica actuar con honestidad, lealtad y buena fe, respetando la Constitución y la ley.

Desde el sector semillero tenemos la confianza de que se terminará la estigmatización que hay contra las semillas mejoradas, según la cual éstas no son relevantes para la seguridad alimentaria y que sólo usar semillas nativas y criollas puede garantizar la alimentación de quienes residen o



Llenos de esperanza y unidos por Colombia, damos la bienvenida a la “Patria Milagro: de la semilla nace el futuro, unidos lo cultivamos”.

transitan en el país. Esos argumentos se han encargado de descalificar el proceso de certificación de semilla que tiene por finalidad, además de la garantía sanitaria por parte de la autoridad, poner en manos de los agricultores mejores materiales, de forma tal que se genere confianza en el consumidor.

Creemos que se dará paso al estudio de las solicitudes de eventos biotecnológicos, las cuales se encuentran arrumbadas, pese a que su trámite está previsto en la norma que rige la materia, debido a una cortina de humo usada para ese efecto, que nada tiene que ver con la decisión adoptada por la Honorable Corte Constitucional a través de la Sentencia T-247 de 2023. Omitir el deber legal de estudiar las peticiones, a más de generar sanciones disciplinarias, se constituye en un verdadero ataque al campesino, como sujeto de derechos y de especial protección constitucional (art. 64 CP), al negarle, sin sustento valedero, el acceso a herramientas que lo harán más competitivo, además de brindarle una mejor calidad de vida.

El sector productivo tiene la expectativa legítima de poder contribuir al florecimiento de la economía con un mercado que respete la propiedad privada e intelectual, que permita la libre operación, en donde no existan trabas ideológicas para el ejercicio de actividades lícitas, que sean las personas que elijan qué sembrar, cómo sembrar y qué consumir de acuerdo con su criterio, mas no sea el gobierno a través de reglamentos quien se lo imponga.

Desconocer esas libertades es desconocer el Estado Social de Derecho, así como los fines del Estado consagrados en el artículo 2 de la Constitución Política de Colombia, que son al final del día la razón de ser de quienes ostentan autoridad.

Llenos de esperanza y unidos por Colombia, damos la bienvenida a la “Patria Milagro: de la semilla nace el futuro, unidos lo cultivamos”.

Respetamos el origen, sembramos innovación

Por IA MsC Sandra Milena Hernández Barajas

Directora técnica de Acosemillas

Una semilla parece pequeña cuando se sostiene en la mano, pero en su interior resguarda una historia que comenzó hace miles de años. Es el resultado de incontables ciclos de selección natural, del conocimiento transmitido entre generaciones de agricultores y del trabajo permanente de la ciencia por comprender, conservar y potenciar la vida.

Entonces la pregunta es ¿Dónde comienza realmente la innovación agrícola?

Podríamos pensar que nace en un moderno laboratorio, en un algoritmo de inteligencia artificial o en una herramienta de edición génica. Sin embargo, toda innovación tiene un punto de partida mucho más antiguo: una semilla conservada durante generaciones, el conocimiento de un agricultor que aprendió a seleccionar los mejores materiales y la extraordinaria diversidad genética que la naturaleza ha construido durante miles de años.

Cada variedad cultivada representa un legado construido por quienes aprendieron a observar la naturaleza, seleccionar las mejores plantas y preservar aquellos materiales que

garantizaron el alimento de sus familias y comunidades. Gracias a ese patrimonio biológico y cultural, hoy contamos con una extraordinaria diversidad genética que continúa siendo la base de la investigación científica y de la innovación agrícola.

En un contexto marcado por el crecimiento de la población, el cambio climático, la degradación de los recursos naturales y la necesidad de producir alimentos de manera más eficiente y sostenible, las semillas adquieren un papel aún más estratégico. Son el punto de partida de la productividad agrícola, de la adaptación de los cultivos a nuevos desafíos y de la construcción de sistemas alimentarios más resilientes.

Por eso, hablar de innovación no significa olvidar el pasado. Por el contrario, implica reconocer que el futuro solo puede construirse cuando comprendemos el valor de nuestros orígenes.

Ese es precisamente el espíritu que inspira el lema **"Respetamos el origen, sembramos innovación"**, una frase que resume la visión compartida de la **Red Latinoamericana del Maíz** y

XXVI REUNIÓN
LATINOAMERICANA
DEL MAÍZ

Y
IX CONGRESO NACIONAL DE
SEMILLAS

RESPETAMOS EL ORIGEN, SEMBRAMOS INNOVACIÓN



NOVIEMBRE
5 Y 6, 2026



HOTEL
ESTELAR



IBAGUÉ, TOLIMA,
COLOMBIA

Acosemillas: reconocer el aporte de los conocimientos tradicionales y ancestrales, valorar la riqueza genética conservada por generaciones de agricultores y, al mismo tiempo, promover la investigación, el desarrollo tecnológico y la innovación como motores del progreso agrícola.

Con este propósito, ambas organizaciones realizarán de manera conjunta la **XXVI Reunión Latinoamericana del Maíz y el IX Congreso Nacional de Semillas, los días 5 y 6 de noviembre de 2026** en la ciudad de Ibagué, Colombia.

Más que la suma de dos eventos académicos, este encuentro representa la convergencia de dos trayectorias que han contribuido de manera decisiva al desarrollo del conocimiento agrícola en América Latina.

La historia de la **Red Latinoamericana del Maíz** comenzó en enero de 1963, cuando en Bogotá se celebró la Conferencia de Mejoramiento de Maíz para la Zona Andina. Lo que inició como un espacio para intercambiar experiencias entre investigadores se transformó con el tiempo en el principal escenario regional para analizar los avances científicos relacionados con la genética, el fitomejoramiento, la producción y la conservación del maíz, uno de los cultivos más representativos para la alimentación de millones de personas en el continente.

Por su parte, desde su creación el **16 de marzo de 1970**, la **Asociación Colombiana de Semillas y Biotecnología (Acosemillas)** ha liderado iniciativas orientadas a fortalecer el sector semillero colombiano mediante la promoción de la investigación, la innovación, la calidad y la regulación de semillas. Su Congreso

Nacional de Semillas se ha consolidado como uno de los escenarios técnicos y científicos más importantes del país para debatir los desafíos y oportunidades del sector.

La unión de estos dos encuentros comenzó en 2019, cuando Montería fue sede de la XXIII Reunión Latinoamericana del Maíz y el IV Congreso Nacional de Semillas. Aquella experiencia demostró el enorme valor de reunir en un mismo escenario a investigadores, productores, empresas, instituciones públicas, universidades, estudiantes y organismos internacionales para construir conocimiento de manera colaborativa.

Hoy, ese propósito cobra mayor relevancia. La agricultura enfrenta transformaciones profundas impulsadas por el cambio climático, la digitalización, la inteligencia artificial, las nuevas herramientas de mejoramiento vegetal y la creciente necesidad de fortalecer la seguridad alimentaria. En este escenario, la cooperación entre la ciencia, el sector productivo y las comunidades agrícolas deja de ser una opción para convertirse en una condición indispensable.

Precisamente, el lema de esta edición refleja esa visión de futuro. **Respetar el origen** significa reconocer que las semillas nativas y criollas constituyen un patrimonio genético invaluable, resultado del trabajo silencioso de miles de agricultores que, durante generaciones, han conservado la diversidad que hoy sustenta los programas de fitomejoramiento modernos.

Sembrar innovación, por su parte,

Respetamos el origen, sembramos innovación



representa el compromiso de impulsar la investigación, incorporar nuevas tecnologías y desarrollar variedades cada vez más productivas, resilientes y adaptadas a las condiciones ambientales cambiantes. Tradición e innovación no compiten entre sí; se complementan y se fortalecen mutuamente.

La agenda académica de esta edición reunirá expertos provenientes de **Perú, México, Brasil, Argentina, Guatemala, Bolivia, Ecuador, Cuba y Colombia**, quienes presentarán los más recientes avances en investigación, desarrollo e innovación (I+D+i) relacionados con el cultivo del maíz y la producción de semillas.

Asimismo, instituciones de reconocimiento internacional como el **CIMMYT, la FAO, Agrosavia, Fenalce, la Asociación de Semillas de las Américas (SAA)** y prestigiosas universidades compartirán experiencias y conocimientos sobre los grandes retos que enfrenta la agricultura contemporánea.

Durante dos jornadas, los asistentes podrán participar en conferencias magistrales, presentación de pósteres científicos, una muestra comercial especializada y una salida técnica a campo que permitirá conocer de primera mano experiencias exitosas de investigación, innovación y transferencia tecnológica.

La programación abordará temas que hoy definen el rumbo del sector agropecuario: inteligencia artificial aplicada a la agricultura, Agricultura 4.0, edición génica, fitomejoramiento, tecnologías para la producción

de semillas, sistemas de semillas, productividad, seguridad alimentaria y sostenibilidad, entre otros.

Pero, sobre todo, este será un espacio para dialogar. Porque el conocimiento florece cuando diferentes disciplinas, generaciones y experiencias se encuentran alrededor de un propósito común.

Los invitamos a acompañarnos los días 5 y 6 de noviembre de 2026, en el Hotel Estelar de Ibagué, para ser parte de un encuentro que reunirá tradición, ciencia e innovación alrededor del recurso más estratégico para el futuro de la agricultura: la semilla.

Porque cada semilla conserva la memoria del pasado, responde a los desafíos del presente y tiene el potencial de transformar el futuro. Respetar el origen es, precisamente, la mejor manera de sembrar innovación.

Mayor información:
<https://acosemillas.org>



Cada semilla conserva la memoria del pasado, responde a los desafíos del presente y tiene el potencial de transformar el futuro. Respetar el origen es, precisamente, la mejor manera de sembrar innovación.

Tradición e innovación no compiten entre sí; se complementan y se fortalecen mutuamente.



Semillas que dialogan: cuando la tradición y la innovación se siembran juntas

Por Juan Guillermo Ramírez Jaramillo

Asesor de comunicaciones Acosemillas

- Las semillas certificadas y criollas responden a propósitos complementarios dentro del mismo proyecto de vida del agricultor. Una de ellas acompaña la necesidad de escalar producción, avalar sanidad y enfrentar, con herramientas modernas, los retos de la variabilidad climática.

En los campos de Colombia, la tradición y la ciencia no compiten; comparten el mismo surco. Durante generaciones, hemos visto al agricultor separar con cuidado casi ritual los mejores granos de su cosecha, confiando en un instinto y un conocimiento que se hereda y que reconoce la tierra por el tacto.

Sin embargo, esas mismas manos expertas son las que hoy abren con convicción un bulto de semilla autorizada, buscando su etiqueta y su promesa de rendimiento. Ambas conviven bajo el mismo sol y con el mismo objetivo de sacar adelante la tierra. Es hora de que el sector semillista muestre esta realidad: la de una coexistencia armónica que ya late todos los días en nuestro campo.

Para empezar, vale la pena partir de un hecho sencillo: las semillas autorizadas, certificadas, mejoradas, convencionales o las que tienen biotecnología y las semillas nativas y criollas no ocupan mundos separados, sino que forman parte de la misma cadena de vida del campo. Las semillas surgen, casi siempre, de un universo genético que las comunidades campesinas e indígenas conservaron durante siglos.

El fitomejoramiento moderno, incluida la biotecnología, trabaja sobre esa base ancestral, la estudia, la cruza, la fortalece frente a plagas o climas cambiantes. Contar esa historia es reconocer que la tecnología encuentra en la tradición su punto de partida,



Un testimonio de un agricultor que cuenta, en sus propias palabras, cómo conserva la semilla de su abuela y a la vez usa semilla certificada en otro cultivo, comunica más que cualquier infografía.

y que ambas siguen dialogando en cada nuevo ciclo de siembra.

De la misma manera, el maíz criollo, la papanaiva o el frijol de páramo siguen ocupando, en regiones enteras del país, un lugar que ninguna narrativa debería opacar: el de la identidad. Esa semilla guarda memoria de suelo, de clima y de comunidad; se resiembra año tras año como quien conserva un idioma. Su valor no se mide solo en toneladas por hectárea, sino en algo más difícil de cuantificar y, por eso mismo, más bonito de comunicar: la continuidad cultural de un territorio. Esa continuidad no está en riesgo por la presencia de la semilla certificada en la finca de al lado; ambas pueden crecer, literalmente, una junto a la otra.

A eso se suma un tercer elemento que la comunicación del sector puede aprovechar mejor: certificadas

y criollas responden a propósitos complementarios dentro del mismo proyecto de vida del agricultor. Una de ellas acompaña la necesidad de escalar producción, avalar sanidad y enfrentar con herramientas modernas los retos de la variabilidad climática.

La otra sostiene la diversidad genética, la soberanía alimentaria del hogar y los saberes que se transmiten de generación en generación. No se trata de dos caminos que se cruzan en una encrucijada, sino de dos hilos que un mismo agricultor puede tejer en su propia parcela, según lo que cada cultivo y cada momento le pidan.

Ahí está, precisamente, la tarea que hemos tenido en Acosemillas y el sector semillista: mostrar esa convivencia tal como ocurre en la vida real, sin necesidad de contrastarla ni de elegir protagonista.

Falta mostrar, con ejemplos concretos,

cómo un agricultor de Nariño puede sembrar papa nativa en su huerta familiar y, en el lote de al lado, semilla certificada para el mercado, con la misma naturalidad con la que combina otras herramientas de su oficio. Es, sencillamente, un productor que administra su tierra con sabiduría, apoyado en todo lo que tiene a su alcance.

Vale la pena insistir en que esta tarea no es solo narrativa, también es técnica. Cuando el gremio impulsa procesos de mejoramiento genético o incorpora herramientas de biotecnología, en el fondo está apoyándose en la diversidad que hizo posible ese avance.

Los bancos de germoplasma que resguardan variedades nativas, por

ejemplo, son insumo directo del fitomejoramiento moderno: esa reserva genética, construida por generaciones de agricultores, sigue siendo la fuente de la que se nutre la innovación. Comunicar ese vínculo, mostrar que el laboratorio y la parcela se necesitan mutuamente, es una forma de honestidad que el sector puede seguir cultivando.

Finalmente, si el sector quiere que esta narrativa cale, tendrá que apostarles a historias con nombre propio antes que a cifras de adopción tecnológica. Un testimonio de un agricultor que cuenta, en sus propias palabras, cómo conserva la semilla de su abuela y a la vez usa semilla certificada en otro cultivo, comunica más que cualquier infografía.



Las semillas surgen, casi siempre, de un universo genético que las comunidades campesinas e indígenas conservaron durante siglos.

Mostrar el laboratorio y la parcela en la misma pieza, uno junto al otro y no uno frente al otro, envía un mensaje claro: la ciencia llegó a acompañar la tradición, no a corregirla. Ese matiz, que parece pequeño, es el que puede cambiar la manera en que el país entiende la innovación en el campo. No como una ruptura, sino como una siembra más, hecha sobre un suelo que ya estaba fértil desde mucho antes de que llegara cualquier laboratorio.

Al final, la semilla autorizada, certificada y con biotecnología y la semilla nativa y criolla comparten algo esencial que toda buena comunicación debería subrayar: ambas nacen de la misma vocación, la de asegurar que la tierra siga dando de comer, y ambas caben, sin fricción, en las manos del mismo agricultor. Contar esa historia de coexistencia, con cercanía y sin jerarquías, es quizás la tarea más bonita que tiene por delante el periodismo agrícola de este país.

La semilla que guarda el futuro de Colombia

Por Bayer CropScience

- Colombia tiene la tierra y el clima para producir el maíz que necesita, pero importa más del 80% porque aún no ha apostado por la semilla correcta.

Colombia siembra maíz en 21 de sus 32 departamentos. Se estima que cerca de 200.000 familias dependen directamente del cultivo. Y sin embargo, el país importa más del 80% del grano que necesita para sostener su cadena de proteína animal. Esto muestra una paradoja que no depende de la tierra o del clima, sino de la innovación.

De las aproximadamente 390.000 hectáreas de maíz sembradas en el país, el 62% corresponde a sistemas tecnificados, con un promedio de producción de 5,8 toneladas por hectárea. El 38% restante, cultivado con sistemas tradicionales, produce en promedio 2,2 toneladas por hectárea.

"Esa brecha de productividad es exactamente donde está la oportunidad. No necesitamos más hectáreas; necesitamos que cada

hectárea sembrada rinda para suplir una necesidad. Y eso empieza por la semilla", afirma Paola Rodríguez, directora del Centro de Innovación iHUB La Tupia de Bayer CropScience.

Una deuda pendiente

El maíz no es solo un alimento sino la base de la cadena de proteína animal del país. Según Fenavi, el 70% del costo de producción del pollo y el huevo depende de la importación de maíz y torta de soya. Cada vez que hay tensión en los mercados internacionales o presión cambiaria, ese costo se traslada a la canasta familiar. Todos los colombianos se ven impactados por esto.

Colombia produce aproximadamente 1,6 millones de toneladas de maíz al año, de las cuales cerca del 50%



Cortesía Bayer CropScience

Paola Rodríguez, directora del Centro de Innovación iHUB La Tupia, de Bayer CropScience.

proviene de pequeños productores. Sin embargo, según Agro-Bio, la demanda interna supera los 7 millones de toneladas.

El referente más cercano está en Brasil. El estado de Mato Grosso, con condiciones geográficas similares a las de la Orinoquía colombiana, es hoy uno de los motores maiceros del mundo. "La diferencia viene del planteamiento

del modelo productivo, de la investigación aplicada y de confianza en la tecnología como herramienta", opina Rodríguez.

La Altillanura como apuesta de largo plazo

Para Agro-Bio, Colombia tiene 3 millones de hectáreas aptas para la producción de maíz en la Altillanura. Es una de las reservas agrícolas más importantes del continente,

y también una de las más subutilizadas. "El potencial existe; lo que ha faltado es la articulación entre investigación, infraestructura y cadena de suministro", asegura la experta.

"En La Tupia trabajamos todos los días con esa convicción: la innovación agronómica no reemplaza al agricultor, lo ayuda. Cuando un productor tiene acceso a la semilla correcta, al manejo adecuado y al acompañamiento técnico, los resultados cambian", señala Rodríguez.

El punto de partida siempre es la semilla

La discusión sobre seguridad alimentaria, soberanía y competitividad del agro colombiano tiene muchos frentes. Infraestructura, logística, financiamiento, precios de sustentación. "Pero la base de todo ello es la calidad de lo que se siembra".

Producir más sin comprometer el suelo

Ampliar la productividad del maíz colombiano no puede hacerse a cualquier costo. La historia agrícola de varias regiones del mundo muestra que el salto en rendimiento sin cuidado del suelo termina por erosionar la misma

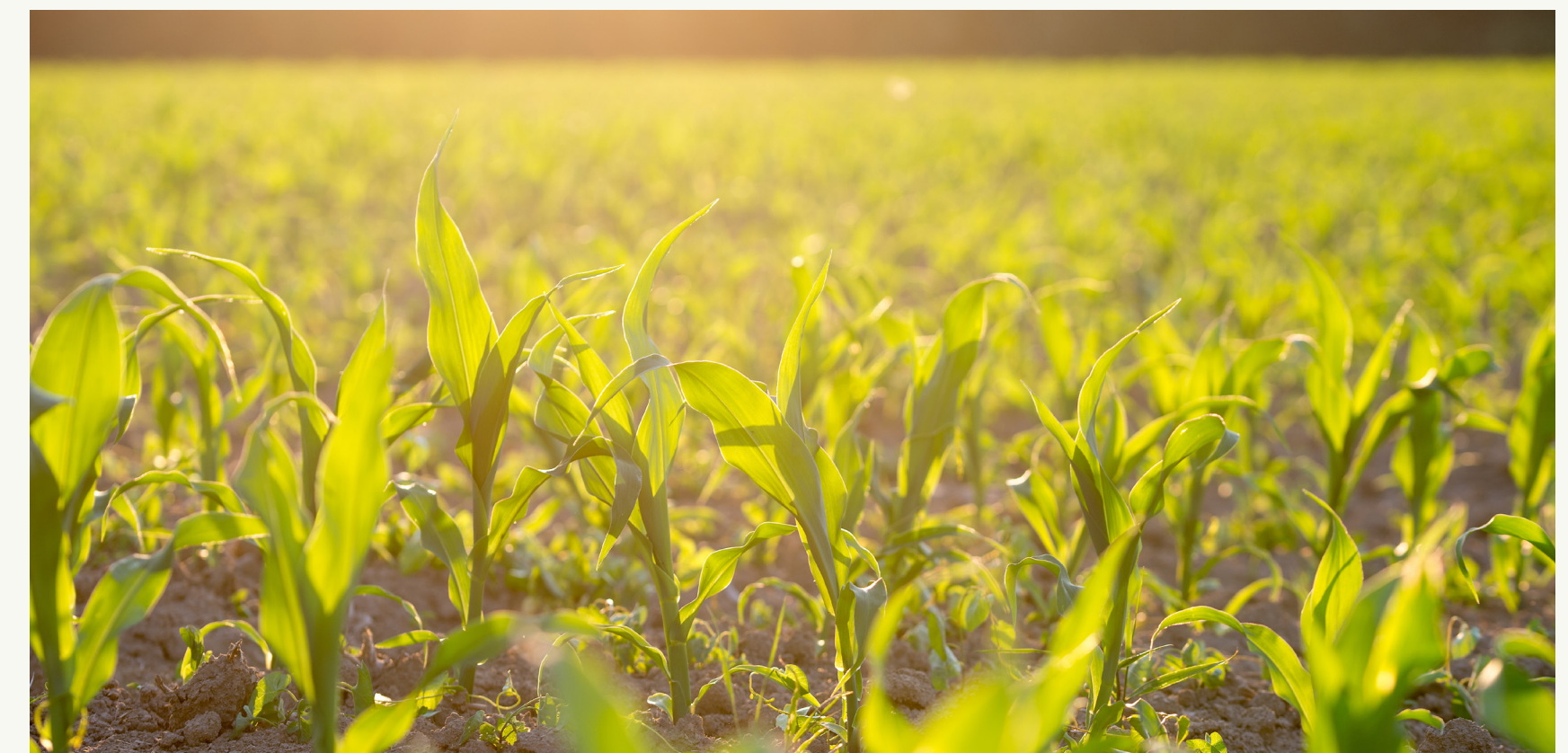
base que lo hizo posible. Por eso la discusión sobre semilla y tecnología no puede separarse de la discusión sobre agricultura regenerativa.

Producir más por hectárea y al mismo tiempo mejorar la salud del suelo no son objetivos contradictorios. "La labranza mínima, los cultivos de cobertura, la rotación de cultivos y el uso estratégico de productos de protección de nueva generación permiten aumentar rendimientos mientras se construye materia orgánica, se retiene humedad y se reduce la presión de plagas. Un suelo más sano soporta mejor las variaciones climáticas, necesita menos insumos con el tiempo y produce de manera más estable ciclo a ciclo", opina Rodríguez.

El maíz tiene el potencial de cambiar la ecuación alimentaria del país. Pero ese cambio solo es sostenible si se construye desde abajo, desde el suelo que lo sostiene. "Colombia tiene todo para producir el maíz que necesita. Tiene tierra, tiene clima, tiene agricultores. Lo que necesita es que la cadena completa, desde la semilla hasta el mercado, funcione articulada. Ese es el trabajo que tenemos por delante", concluye la directora de La Tupia.



Cortesía Bayer CropScience



Cortesía Bayer CropScience



Red
Latinoamericana
del Maíz



cosemillas
Asociación Colombiana de Semillas y Biotecnología



SE ACERCA

XXVI REUNIÓN LATINOAMERICANA DEL MAÍZ

Y

IX CONGRESO NACIONAL DE SEMILLAS

RESPETAMOS EL ORIGEN, SEMBRAMOS INNOVACIÓN

¡RESERVE LA FECHA!



NOVIEMBRE 5y6, 2026



HOTEL
ESTELAR



IBAGUÉ, TOLIMA,
COLOMBIA